

“EL ORIENTE DE CALI NO TIENE NI DIOS NI LEY”: REDES SOCIALES DIGITALES Y VIOLENCIA RACIALIZADA A PROPÓSITO DE LA COVID-19 **(“The east of Cali has neither God nor law”:** digital social media and racialized violence purpose of COVID-19)

Carlos Arana Castañeda

carlos.arana132@gmail.com

<https://orcid.org/0000-0002-0592-9172>

Fundación Academia de Dibujo
Profesional, Colombia



RESUMEN. Hablar de la cuarentena a causa de la COVID-19 en Cali es hacer referencia a un periodo de aislamiento social en una ciudad con condiciones socioeconómicas desiguales; con narrativas que muestran a los habitantes negros y negras del Distrito de Aguablanca como responsables de los altos índices de homicidios, generando una relación directa entre la categoría social de raza y la violencia a partir de la cual se aumentan las vulnerabilidades de esta comunidad, como exponen Alves (2014, 2017) y Moreno y Mornan (2015). El presente artículo describe cómo la violencia racializada reproduce las vulnerabilidades en el Distrito de Aguablanca durante el aislamiento producto de la COVID-19. Se realiza una etnografía digital, sustentada en las propuestas de Hine (2004, 2009), en cinco perfiles de redes sociales digitales de temática noticiosa, y entrevistas semiestructuradas a administradores de los perfiles y habitantes de Cali. El análisis muestra como en los textos narrativos/noticiosos utilizados para informar sobre el comportamiento de la ciudad durante el aislamiento, las referencias “oriente” y “Distrito de Aguablanca” detonan manifestaciones violentas y racistas en contra de su comunidad, señalados como responsables de los efectos nocivos de la pandemia. La condición de migrante se erige, a nivel social, como variable suficiente para ser señalado como desordenado y peligroso en tiempos de cuarentena. El color de piel y la ubicación geográfica se convierten en catalizadores de narrativas y representaciones sociales que niegan la pertenencia espacial y simbólica de los habitantes del Distrito de Aguablanca a la ciudad en tiempos de COVID-19.

Palabras clave: COVID-19, Distrito de Aguablanca, racismo, violencia.

ABSTRACT. To speak of the quarantine due to COVID-19 in Cali is to refer to a period of social isolation in a city with unequal socioeconomic conditions; with narratives that show the black and black inhabitants of the Aguablanca District as responsible for the high homicide rates, generating a direct relationship between the social category of race and the violence from which the vulnerabilities of this community are increased, such as present Alves (2014, 2017) and Moreno and Mornan (2015). This article describes how racialized violence reproduces vulnerabilities in the Aguablanca District during the isolation caused by COVID-19. A digital ethnography is carried out, based on the proposals of Hine (2004, 2009), in five profiles of digital social networks with news themes, and semi-structured interviews with administrators of the profiles and inhabitants of Cali. The analysis shows how in the narrative / news texts used to report on the behavior of the city during isolation, the references “Oriente” and “Distrito de Aguablanca” trigger violent and racist demonstrations against their community, identified as responsible for the harmful effects of the pandemic. The condition of migrant stands, at a social level, as a sufficient variable to be marked as disorderly and dangerous in times of quarantine. Skin color and geographic location become catalysts for narratives and social representations that deny the spatial and symbolic belonging of the inhabitants of the Aguablanca District to the city in times of COVID-19.

Keywords: COVID-19, Aguablanca District, racism, violence.

Recibido: 14/07/2020

Aceptado: 19/09/2020

Arana Castañeda, C. (2020). “El oriente de Cali no tiene ni Dios ni ley”: redes sociales digitales y violencia racializada a propósito de la COVID-19. *SUMMA. Revista disciplinaria en ciencias económicas y sociales*, 2(Especial), 217-243. DOI: www.doi.org/10.47666/summa.2.esp.14

1. Introducción.

En Santiago de Cali (Colombia), el primer caso del *coronavirus disease 2019* (COVID-19) fue registrado en el mes de marzo del año 2020. Tras 100 días de este registro, la ciudad contaba con 6613 personas infectadas y más de 200 fallecidos. Consecuentemente, y de manera simultánea con un alto número de ciudades en el mundo, en Cali se decretó el período de cuarentena como forma de prevención de la enfermedad y su velocidad de transmisión. Desde entonces, se implementaron en la ciudad estrategias como el aislamiento social, el uso de medidas de bioseguridad y el toque de queda, al tiempo que se suspendieron y en muchos casos finalizaron actividades económicas.

Posteriormente, en escenarios sociales, académicos, económicos y políticos se generaron discusiones donde, entre otras, tomaron protagonismo preguntas como: ¿cuál será la nueva “normalidad” que se vivirá post COVID-19?, ¿qué sucederá con “la vida” o “normalidad” que se tenía antes de la pandemia? y ¿cuál será el efecto que a nivel subjetivo e intersubjetivo tiene y tendrá la cuarentena? Resolverlas sin un eventual control de la pandemia resultaría atrevido y no es el propósito de este trabajo.

Pero, avanzar en la comprensión de cómo las dinámicas sociales interactúan con las “nuevas dinámicas” en tiempos de COVID-19 resulta importante para comprender a escalas regionales y locales algunos de los efectos de la pandemia y consecuente cuarentena, ya que hablar de una “nueva normalidad” suponiendo que todo asunto social fue transformado de manera inmediata resultaría en gran medida ingenuo.

Para esto, los primeros 100 días de la cuarentena en la ciudad de Cali son de interés para este trabajo por los conflictos que se desplegaron debido a la indisciplina registrada que se reflejó en la programación de fiestas privadas, eventos y actividades deportivas, tránsito vehicular y peatonal en horarios y espacios no permitidos, y aglomeraciones aún en los momentos de mayor registro de infección, que si bien tuvieron lugar en diversas zonas de la ciudad, se ve cómo impactaron de manera particular sobre el oriente o Distrito de Aguablanca (comunas 13, 14, 15 y 21): zona urbana empobrecida, con

altos índices de violencia, donde vive cerca del 30% (748.250 personas aprox.) de la población de Cali de la cual el 68% es negra o afrodescendiente, que a su vez representa el 26,2% (605.845 personas) de la población total de la ciudad (DANE, 2005). Cabe mencionar, que si bien en el año 2018 se actualizó el censo nacional (DANE, 2018), nos abstenemos de utilizar dichas cifras debido al “genocidio estadístico” que este mismo generó, al describir que la población negra, afro, raizal o palenquera disminuyó en un 30%, lo cual representa cerca de 2,9 millones de habitantes negros y afrocolombianos (Álvarez 2019).

En este mismo sentido, siguiendo a Alves, Moreno y Ramos (2015), si bien la categoría “negro” y “negra” no satisface los límites de reconocimiento de las identidades políticas que en los discursos y prácticas de la multiculturalidad buscan ser definidos desde la categoría “afrodescendiente” o “afrocolombiano”, la primera es utilizada a nivel social como una categoría de identificación política que condiciona la distribución de los recursos y oportunidades; por tal razón, ambas categorías son utilizadas en este artículo, en ningún momento como sinónimos, si no como categorías que en los escenarios y discusiones sociales le otorgan lugares específicos a las comunidades que pueden ser reconocidas o auto-reconocidas desde las mismas.

Ahora bien, hablar de la cuarentena en Cali es hablar de un periodo de aislamiento social en una ciudad con condiciones socioeconómicas desiguales y con índices de violencia que, según datos del Informe Anual de Homicidios (Alcaldía de Cali, 2019), han llevado a que en los últimos quince años se registren, en cada uno, más de mil muertes violentas que posicionan a Cali como una de las ciudades más violentas del mundo y la primera en el país (Consejo Ciudadano para la Seguridad, Justicia y Paz, 2020).

Estos datos también permiten evidenciar como en los periodos 2004-2008 y 2014-2019 se pasó, respectivamente, de 2131 a 1434 homicidios/año, y de 1522 a 1176 homicidios/año, lo que da cuenta de disminuciones importantes en estas cifras catastróficas; pero llama la atención que mientras en 2004 el 26% del total de muertes eran de habitantes de Aguablanca, entre el 2014 y 2019 esta representatividad fue

mayor al 40% en cada uno de los años. Es decir, a pesar de que los homicidios disminuyen en la ciudad, las muertes violentas aumentan en el Distrito de Aguablanca.

Estas cifras, además de escalofrantes por su perpetuidad, han dado paso a lecturas sociales que responsabilizan a los habitantes del Distrito de Aguablanca por las mismas, a partir de acciones y discursos que relacionan directamente la violencia con la condición racial de hombres y mujeres negras que fueron desplazadas o migraron desde el Pacífico colombiano debido al conflicto armado o en búsqueda de oportunidades laborales, suscitando a su vez narrativas y representaciones que además de crear identidades violentas y geografías de violencia racializada, dan paso a acciones sociales y estatales en contra de la comunidad.

La violencia racializada, categoría de interés para este trabajo, que se refiere al efecto de definir desde los parámetros de raza, género y clase (Vargas y Alves, 2010) a los responsables de la violencia en la ciudad, produce nociones de criminalidad asociada al color de la piel, y en este caso al ser habitante de una zona de población mayoritariamente negra lo cual funciona también como forma de racialización, pues se piensa que todo aquel que vive en el Distrito de Aguablanca *per se* es negro/negra.

Los trabajos de Alves (2014, 2017), Alves, Moreno y Ramos (2015) y Moreno y Mornan (2015) muestran como este proceso de racialización de la violencia ha creado geografías donde hombres y mujeres negras representan ese sujeto indeseado a nivel social, que por su color de piel y ubicación espacial se constituye en el “enemigo” que debe ser borrado.

La violencia racializada en Cali funciona como un sistema programado de opresión donde las muertes de hombres, mujeres, jóvenes y adultos negros y negras se valida socialmente, por lo cual resulta urgente analizar cómo estas formas de representación social —entendida como construcciones simbólicas que resultan de las interacciones (condicionadas por las categorías de clase y raza), que hacen inteligible el mundo y sus acontecimientos para orientar,

interpretar y justificar los comportamientos en un marco de significación, al tiempo que por estar fijadas a los “micro universos” sociales permiten la (re)producción de las identidades sociales y colectivas (Girola 2012; Jaramillo 2012)— pueden repercutir de manera nociva sobre los habitantes del Distrito de Aguablanca durante la COVID-19, el cual se constituye en un escenario donde las discusiones sobre el merecimiento o posibilidad de vivir o morir hace uso de los privilegios de raza, clase y género.

Por eso, el trabajo analiza como la violencia racializada que tiene lugar en escenarios *online* y *offline* reproduce las vulnerabilidades en el Distrito de Aguablanca durante el aislamiento en tiempos de COVID-19. Para esto, el trabajo se divide en tres ítems centrales. La metodología, servirá para mostrar la utilidad de la etnografía digital en los estudios sobre conflictos que se gestan entre las identidades *online* y *offline*. En los resultados, se muestra como narrativas y representaciones sociales permiten justificar y reproducir la vulnerabilidad durante la cuarentena. En las conclusiones se mostrará como en la ciudad de Cali la apropiación espacial y simbólica de la ciudad está condicionada por la violencia racializada.

2. Metodología.

La investigación se realizó a partir de la etnografía digital, que según Hine (2004) se constituye en la extensión de la lógica etnográfica para el estudio de comunidades y prácticas que se producen en internet. Pero este no es específicamente un estudio sobre internet o algún hecho restringido al mismo, es la incorporación de contextos *online* y *offline* para analizar los efectos de la violencia racializada durante la cuarentena en Cali, teniendo en cuenta que las formas de comunicación y representaciones que tienen lugar en las redes sociales digitales (RSD) son manifestaciones con contextos sociales específicos de producción (Hine, 2009; Flores, 2016).

La etnografía digital como forma de investigación permite cuestionar e incorporar lo digital y el internet como un instrumento para su desarrollo (Gómez 2018), pues en estos espacios se gestan

comunidades que interactúan a partir de textos y narrativas; es decir, dan paso a interacciones y discusiones donde se despliegan una serie de emociones, pensamientos e ideas que le permiten y exigen al investigador desarrollar formas de comprensión de lo que estas significan según su contexto de producción.

Teniendo en cuenta que durante la cuarentena en Cali las RSD se convirtieron en protagonistas para la divulgación y discusión de los acontecimientos relacionados con la COVID-19, esta investigación se realizó en cinco (5) perfiles de temática noticiosa con presencia en Facebook, seleccionados a partir de su reconocimiento social e institucional, que contarán con más de 100.000 suscriptores y de actividad registrada superior a dos años. Los textos narrativos (publicaciones) elaborados por quienes administran los perfiles —que en perspectiva de Sayago (2017) se comprenden como una especie discursiva, donde la narratividad y argumentatividad (objetivada) permiten transformar un acontecimiento en un hecho y texto noticioso— y las interacciones producidas a partir de y contenidas en el mismo (comentarios) fueron registradas en un diario de campo entre marzo y junio de 2020.

Se consideraron exclusivamente las noticias enfocadas en la COVID-19 y/o el aislamiento social en la ciudad. Se realizaron dos entrevistas semiestructuradas: la primera dirigida a quienes administran los perfiles de noticias en RSD para identificar las formas de administración, fuentes de información y elementos que intervienen en la producción de las noticias y textos que las acompañan; y la segunda, a habitantes de la ciudad para identificar sus impresiones respecto al comportamiento de los habitantes de las diferentes comunas durante la cuarentena. Como forma de protección de la integridad de los entrevistados, administradores de perfiles y participantes de las discusiones, no se presentarán los nombres de los mismos. Las frases en cursiva son tomadas de las notas de campo.

Dado que con frecuencia se manifiesta que las publicaciones y comentarios en RSD son impersonales y no representan los códigos culturales que presuponen su producción, abordar problemáticas

distintas al uso de la internet requiere de comprensiones conceptuales y metodológicas particulares, por lo cual a continuación se describirán algunos aspectos importantes para reconocer la relevancia del uso de la etnografía digital y la inclusión de las interacciones en RSD en los estudios de la violencia.

3. Perfiles noticiosos/comunitarios en redes sociales digitales.

En las últimas dos décadas las RSD como Facebook, Twitter e Instagram se han posicionado como espacios de flujo de información cada vez más amplio, que según Arriaga (2013) da cuenta del éxito que estas han tenido por las posibilidades de democratización y participación que ofrecen, pues se les señala de dar voz a aquellos sujetos y comunidades que históricamente han sido silenciadas y excluidas de espacios de discusión y decisión. Por eso, las RSD no son solo escenarios para la manifestación de gustos y actitudes, pues cada vez es más frecuente la presencia de perfiles y grupos que buscan crear comunidades a partir de temáticas específicas abriendo espacios para informar y discutir acerca de asuntos de interés social, político, cultural y económico que anteriormente estaban restringidos a canales televisivos o sitios web privados.

Entre estos, los perfiles creados para la comunicación de noticias que se registran en contextos locales, nacionales e internacionales se posicionan como espacios de alto impacto social, debido a que sus prácticas y formas de administración están orientadas a la presentación de noticias, organizadas por temáticas variadas, que se publican a manera de *post* en tiempo real permitiendo a las comunidades estar permanentemente informadas de lo que sucede en su ciudad. El perfil noticioso/comunitario, de interés para este trabajo, es creado por algún ciudadano o ciudadana que siendo o no periodista de profesión se presenta como tal y encuentra en las RSD la posibilidad de construir, compartir, editar y administrar noticias para acceso público y gratuito. Su alcance se encuentra definido en el nombre del perfil en el cual se presenta la ciudad sobre la que se registran las noticias, lo que permite a los seguidores vincularse según sus intereses y ubicación geográfica. Los

ciudadanos y ciudadanas se vinculan bajo la condición de espectadores que pueden participar o no en las discusiones generadas por las publicaciones y como “periodistas” al compartir alguna noticia, denuncia o servicio social.

Aspectos como la cantidad de usuarios registrados, el número de publicaciones diarias, la cantidad de interacciones (comentarios) y reacciones (likes) son determinantes para medir el “éxito” de estos perfiles, pues su presencia en las redes no se limita al solo informar, ya que, entre otros, realizan procesos publicitarios o comerciales que generan beneficios para quienes administran la página. Por tal razón, una de las principales estrategias de administración tiene que ver con la capacidad de ofrecer material relevante y/o polémico que permita generar un alto nivel de tráfico (suscripciones, comentarios y likes). Para esto, priorizar algunas temáticas respecto a otras se convierte en una forma de administración que en cierta medida garantiza el aumento del tráfico, pues la idea de ofrecer material de “calidad” tiene que ver con las posibilidades de participación que esta genere a partir de contenidos que evoquen experiencias personales de los usuarios.

De esta manera, las RSD no son solo escenarios donde se participa con la mera presencia *online*; las noticias, temáticas, posibilidad de discusión y permanente comunicación entre ciudadanos y de estos con los medios, muestran que en las RSD se crean comunidades a partir de afinidades e intereses que tienen contextos de producción y son susceptibles de dar paso a manifestaciones no neutrales, cuyas (inter)conexiones se convierten en maneras de gestionar identidades a partir de la extensión de lógicas sociales *offline*, pues la comunicación tiene como propósito la medición de los intereses hasta el punto de volverse constitutiva de las formas de ciudadanía priorizando algunas mediaciones sociales y conflictos simbólicos según el tráfico que estas generen (Martín, 2002; González y Servín, 2017; Van Dijk, 2019).

Por lo tanto, estos grupos son campos donde las noticias y manifestaciones son cuestionadas desde las experiencias *online* y *offline* de quien participa; en palabras de Hine (2004), se trata de un terreno donde las identidades combaten a partir de las “pruebas” otorgadas por la

noticia (publicación). Dicho de otra manera, los perfiles en RSD son espacios de gestión y combate de y entre las identidades que tienen acceso a la misma, cuya presencia no es en ningún momento neutral ni reflejo de una tara social, por el contrario, se trata de comunidades donde los participantes interactúan a partir de la extensión de sus ideas, conocimientos, prejuicios y demás elementos susceptibles de ser administrados a partir de los contenidos generados.

4. Etnografía digital y violencia racializada.

Hasta aquí, se ha querido mostrar que tanto administradores como seguidores de los perfiles incluidos en este trabajo son individuos que al mismo tiempo son biografías, emociones y sentidos que no pueden ser desligados de su identidad *offline* (Hine 2004). Por lo tanto, la posibilidad de verificación de los resultados de este trabajo es en sí mismo un reto metodológico, que como ya es evidente, se respalda en la etnografía digital para comprender la manera como un perfil en RSD se constituye en una identidad que puede interactuar en la configuración de los escenarios sociales en Cali.

Por eso es importante reconocer que la creación de un perfil *online* es una manera simbólica de interactuar con las identidades *offline*, pues el tipo y cantidad de información utilizada para tal creación/suscripción está condicionada por el nivel de expresión que los individuos quieren (re)presentar de sí mismos. Para comprender la presencia y acción del “yo” en RSD se debe entender que la información presentada por cada individuo es al mismo tiempo la máscara que estos usarán según el contexto *online* en el que interactuarán, donde los elementos como la foto del perfil, ubicación geográfica, ciudad de nacimiento y nombre de usuario, se constituyen en esa conexión simbólica entre el “yo *online*” y el “yo *offline*”, construyendo una “persona real” que toma “cuerpo” y “lugar (Liceaga 2014; Serrano, 2012).

Por lo tanto, reconociendo que la suplantación o fabricación de las personas es un comportamiento habitual en RSD (Espinoza, Sánchez, Hernández y García 2020), otorgar especial atención a la “corporalidad” de los sujetos como criterio metodológico se erige como

una forma de reducción de esta problemática, que aunque no elimina la tendencia de creación de “perfiles falsos”, permite reconocer el “cuerpo” y “lugar” desde donde se enuncian los participantes. Por lo cual las interacciones analizadas fueron aquellas en las cuales participaron sujetos plenamente identificados con nombre de perfil, foto personal y ubicación geográfica específica (Cali), pues de esta manera se hace posible comprender que son los sujetos quienes gestionan las identidades, donde categorías como raza, etnicidad y clase influyen en dicho proceso que es mediado, pero no determinado, por las RSD.

Por otro lado, si bien la función del internet y de las RSD como difusores de información y noticias no es algo nuevo, llama la atención como la prácticas etnográficas son aún insuficientes para abordar estudios donde la categoría social de raza, la etnicidad y los medios digitales mantienen relaciones que reproducen discursos que en escenarios *offline* repercuten en desigualdad y violencia (Coleman 2010). Sin duda lo anterior tiene que ver con la comprensión y dimensión que se le otorga a la participación de cada usuario en redes. Es decir, como ya hemos mencionado, la no neutralidad de las RSD es al mismo tiempo una invitación a entender que las manifestaciones en las noticias publicadas son discursos que además de tomar posición en el debate realizan conexiones con la vida social.

Por eso, volviendo a González y Serví (2017) que citan a Foucault (2004), se debe mencionar que la “corporalidad” de los sujetos en RSD da paso al ejercicio de prácticas tanto de libertad como de saber/poder, donde a pesar de la existencia de normas impuestas, sea por las mismas RSD o por quienes administran los perfiles, la desigualdad social, política, económica y racial tiene lugar, pues la democratización otorgada no es por antonomasia convivencia pacífica, ya que es la extensión de las lógicas sociales preexistentes. Por eso, se argumenta que la etnografía digital es también una herramienta útil y además urgente para reconocer la manera como las representaciones y violencias toman lugar en escenarios *online* como una forma de perpetuación de la vida *offline* a partir de patrones de estigmatización y

desigualdades basadas, en este caso, en el color de la piel y ubicación geográfica de los sujetos como lo veremos a continuación.

5. Resultados y discusión.

Se analizaron 6315 participaciones o comentarios, distribuidos en 23 publicaciones o *posts* relacionados con la COVID-19 y/o el comportamiento de habitantes de la ciudad durante la cuarentena. Si bien el trabajo no es de corte cuantitativo, como forma de dimensionar las participaciones de los usuarios cabe mencionar que la publicación con menos comentarios tuvo 37, y la de más comentarios un total de 1400. Para avanzar en la comprensión de como la violencia racializada se manifestó durante las interacciones en las RSD y los efectos de la misma, esta sesión será dividida en dos apartados: en el primero se muestra la manera como se gestionan las noticias o publicaciones de los perfiles de RSD. Y a continuación, se describe la forma como las narrativas y representaciones sociales que hacen uso de la violencia racializada en tiempos del COVID-19 aumentan las vulnerabilidades de los y las habitantes del Distrito de Aguablanca.

- “Un día más de cuarentena en el oriente”

Como se ha mostrado, los perfiles noticiosos/comunitarios son gestores de comunidades donde se reúnen múltiples identidades alrededor de una temática, que a su vez da lugar a discusiones y conflictos que son gestionados a partir de las formas de construcción y (re)presentación del material noticioso. Con las entrevistas semiestructuradas y el análisis de los textos narrativos que acompañaron las publicaciones y conformaron el contenido de la noticia, se logró evidenciar que para la construcción de las noticias y su publicación *online* hay una influencia importante de los aspectos *offline* que muestran al oriente de Cali y su comunidad como un problema para la ciudad.

Esto tiene que ver, inicialmente, con las prácticas de administración de los perfiles de RSD. Como exponen los/las administradores/as, las principales fuentes de información para el cubrimiento de los hechos noticiosos en Cali son los integrantes de la

policía y la fiscalía, que tienen la posibilidad de acudir al medio en dos formas: (i) en su papel de funcionario, informando sobre lo que sucede en la ciudad mientras ejerce su función, o (ii) en su papel de ciudadano, lo que le permite desarrollar otras prácticas para comunicar al medio lo que acontece tanto en la ciudad como en los procedimientos de la institución a la que pertenece. Asimismo, emerge la categoría de *“los periodistas en el lugar”* o *“periodistas ciudadanos”* que son en su mayoría ciudadanos y ciudadanas que tienen la posibilidad/capacidad de “cubrir” la noticia en tiempo real con sus dispositivos tecnológicos, a las cuales el medio les exige descripciones donde el lugar, la hora y los involucrados terminan siendo datos suficientes para la publicación de la noticia, pues precisamente la condición de comunitario y la idea de democratización se materializa en la posibilidad de publicar la noticia confiando en la lectura de quien la reporta.

En este sentido, argumentar que la gestión de las noticias en los perfiles comunitarios no está condicionada por las representaciones de quienes cubren el acontecimiento sería de cierta manera atrevido, las noticias publicadas durante los inicios de la infección y de la cuarentena en la ciudad de Cali permitieron evidenciar que los textos narrativos estaban condicionados por las representaciones sociales que quien(es) cubrían y publicaban la noticia tenían acerca de los involucrados en el hecho. El cubrimiento noticioso no estaba pues enfocado en las dificultades relacionadas con la infección, sino que buscaban anticipar el comportamiento supuesto de los habitantes de las diferentes zonas de la ciudad.

Es decir, el comportamiento se evaluó sin tener en cuenta las vulnerabilidades específicas de cada contexto; por ejemplo, a pesar de que las infecciones inicialmente se expandieron en zonas como el sur de Cali, la dificultad era el posible comportamiento que se tendría en el Distrito de Aguablanca por el *“el desorden de los que viven en el oriente”*, ya que este sector fue (re)presentado como un problema para y durante la cuarentena por las características de *“esa gente, que no se comportan y solo piensan en la fiesta para después estar saturando los hospitales y gastándose los subsidios porque de eso es de lo que viven”*, o en otras palabras, de la *“negramenta*

ignorante que se la pasa haciendo bulla en chancas y camisilla pendejiando y dándose las de avispaos en la calle haciendo nada”.

En estos relatos los y las habitantes del Distrito de Aguablanca son descritos como *“los que viven en el oriente”, “esa gente”, “la negramenta”,* entre otros calificativos que niegan la condición de habitante de los mismos. Al mismo tiempo, como efecto de la violencia racializada, vemos como el color de piel se erige como una característica para anticipar su comportamiento, pues en Cali existen representaciones que por antonomasia establecen que *“los bullosos son puros negritos. Y no es que uno sea racista da tristeza pero es la realidad”*, lo cual tiene un doble efecto debido a que se piensa que *“en el oriente lo que hay es gente de buenaventura tumaco de todo lado menos Caleños”*.

Es decir, las referencias que en las noticias publicadas en RSD se hace del oriente, no funciona como mera referencia de lugar, ni busca analizar objetivamente el comportamiento de sus habitantes, pues se centra y da paso a representaciones sociales racializadas para señalar a los responsables del desorden registrado o supuesto.

De hecho, a pesar de que en las primeras semanas eran otras zonas de la ciudad las consideradas como el epicentro o brote de la infección a nivel local, las noticias continuaban especialmente enfocadas en el oriente visto como un sector donde la comunidad decidió *“no acatar recomendaciones”* y *“llevar su vida como si nada”*. Esto redundó en prácticas que buscaban evitar que el *“mal comportamiento”* afectara a los ciudadanos que venían cumpliendo con las medidas de cuidado y que representaban ese *“ciudadano de bien”*, por lo cual, el cubrimiento que a diario se realizaba en este sector con una actitud vigilante por parte de algunos de los medios, dio paso a que desde estos se exigiera *“mano dura por parte de las autoridades porque hay gente como si nada en las calles del oriente”* y *“centenares de personas en fiestas y asados”*.

En perspectiva de Jeganathan (2018), en las ciudades donde se manifiesta la figura de *“ciudadanos de bien”* en contraposición a aquellos cuyos comportamientos no son reconocidos como tal, se desarrollan prácticas estatales y sociales que fungen como mapas de anticipación, los cuales favorecen el desarrollo de prácticas cuyo propósito es el de

generar una ciudad segura para los primeros y donde el control sobre el territorio y los sujetos que no se ajustan a esta figura se constituye en una prioridad. Es por eso que en Cali la acción vigilante de los medios hace parte de prácticas que desde múltiples escenarios buscan advertir sobre cada acción desarrollada en el Distrito de Aguablanca, la cual por anticipación se constituye en una acción nociva para la ciudad, encontrando en las RSD formas de exaltar los aspectos “negativos” de toda acción por medio de fotografías y textos objetivados que se convierten en pruebas, formas de sobreexposición, violencia y consumo de los cuerpos que tradicionalmente son espectacularizados (Liceaga 2014; Bernal 2019).

Se trata pues de una actitud sensacionalista común en la prensa, ahora extendida a los perfiles comunitarios donde se reproduce la idea de una ciudad que tiene varias ciudades con el oriente representando la zona pobre y marginal, cuyas vulnerabilidades y características raciales son vistas como una dificultad para el desarrollo de zonas que no son Distrito de Aguablanca (Vanegas 1998; Burbano 2007). La vigilancia sobre el oriente en tiempos de COVID-19 reproduce el modelo que señala al Distrito como una geografía-problema, producto de la tradición racista que exigen estrategias de seguridad donde a partir de estas geografías se generan, por un lado, cuerpos asesinables para los cuales la policía emerge como un intento estatal y social de gestionar a las poblaciones empobrecidas y racializadas del Distrito de Aguablanca (Alves, Moreno y Ramos 2015; Alves 2017).

Mientras, por otro lado, se mantiene la idea de supremacías raciales y geográficas que producen cuerpos dignos de protección, pues paradójicamente, los textos sobre acontecimientos como fiestas, cabalgatas y reuniones que se registraron en otras zonas de la ciudad, se limitaron a describir lo acontecido sin mayor exigencia, racialización nula, ni crítica hacia el comportamiento de los y las involucradas.

Esto da cuenta de que el papel de los medios en RSD parte condicionado por las representaciones que se han elaborado sobre el oriente, que históricamente ha sido visto como un sector donde prevalece el desorden y se reclama policía para su control. Para Sayago

(2019), esto responde al proceso ideológico y discursivo que de manera objetivada elabora textos noticiosos a partir de narrativas y argumentos que transitan entre lo global y lo micro, es decir, mientras el comportamiento cuestionable de personas en alguno de los barrios o calles del Distrito de Aguablanca era visto como un comportamiento fácil de generalizar a todos los y las habitantes del sector (global), los hechos también lamentables registrados en zonas privilegiadas en términos socioeconómicos, eran reducidos a casos (micro) que no requerían incluso de cubrimiento amplio ni de irritación moral.

Ahora bien, a medida que el número de infectados, desorden e indisciplina fue aumentando en otras zonas de la ciudad, la cuarentena fue considerada como *“el fracaso de los caleños”*, lo cual dio paso a que las prácticas de los *“periodistas en el lugar”* y de los medios consideraran nuevas narrativas que ahora cubrían las dificultades que en términos alimenticios enfrentaban en el oriente, el cual ya se mostraba como un *“sector con hambre”* y esto como la *“razón del comportamiento durante la cuarentena”*. Sin embargo, a medida que se avanzaba y las vulnerabilidades aumentaban, los medios invocaban nuevamente sucesos que, más que empatía, advertían sobre posibles casos vandálicos en la ciudad, recordando lo sucedido en el entonces llamado 21N, donde se señaló a los habitantes del Distrito de Aguablanca como los responsables de desmanes y robos masivos en la ciudad que fueron en gran medida responsabilidad del pánico divulgado en RSD.

Respecto a lo anterior, los/las administradores/as reconocieron que los textos narrativos incluyen en ocasiones el uso de estereotipos o representaciones que sirven como detonantes de discusiones que redundan en el aumento del tráfico de la página. En este sentido, la palabra *“oriente”* permanentemente incluida en los textos narrativos funciona como un detonante de violencia racializada en los comentarios generados por el mismo, ya que esta materializa la idea de una geografía problema donde el color de piel, frecuentemente representado en la fotografía que acompaña la noticia, genera manifestaciones violentas que hacen uso de los parámetros raciales cuando se trata de hombres o mujeres negras para indignarse con el acontecimiento relatado, lo cual es

justificado por los medios como una práctica válida por ser *“una práctica común y de vieja data en televisión y radio”* aun siendo conscientes del alto nivel de racismo suscitado.

Si bien ninguno de los textos narrativos se enfocó en el color de piel de los habitantes del oriente, si fueron numerosos los comentarios que utilizaron estas características para emitir juicios racistas en contra de la comunidad negra, con acciones pasivas por parte de quien(es) administran los mismos que incluso otorgan “membresías” a los usuarios de mayor participación sin un análisis amplio de las formas y contenido de las mismas. Sin embargo, como caso eventual, el asesinato del afroamericano George Floyd (25 de mayo de 2020) por parte de un policía blanco estadounidense y las repercusiones que esto tuvo en las RSD suscitó que, durante la cuarentena y teniendo en cuenta dichas manifestaciones racistas, los medios analizados buscaran identificar si en realidad en Cali existía racismo.

Pero los/las administradores/as argumentaron que es difícil reconocer que las discusiones donde el color de piel negra se utiliza como una referencia o forma de anticipación de acontecimientos en la ciudad se traten en realidad de prácticas racistas, porque el lenguaje racializado responde a *“algo que aún está arraigado en nosotros, y que en su mayoría de veces se describe a los afrodescendientes sin querer ofender a las personas”*. Para Moreno y Mornan (2015) se trata de un racismo socialmente negado que en la ciudad de Cali evoca vulnerabilidades que instrumentalizan la humanidad de hombres y mujeres negras de Aguablanca, quienes reciben “cuidados paliativos” que buscan mantener con “vida” al sector de donde proviene la mano de obra barata pues *“las mujeres de Aguablanca barren y limpian casas, y los hombres construyen centros comerciales que nunca podrán disfrutar porque no están hechos para una comunidad como la que habitamos el oriente”*.

Hasta aquí vemos como en el cubrimiento de la cuarentena por parte de los medios en RSD se tuvo especial protagonismo de lógicas de producción donde las representaciones racistas y racializadas que se han construido entorno al oriente o Distrito de Aguablanca son utilizadas en beneficio del tráfico de la página, que bajo la idea de que son *“sin intención*

de defender” generan escenarios donde aún poco se reconocen los efectos que este tráfico tiene sobre una comunidad que es permanentemente señalada, y que durante la COVID-19 se representa socialmente como aquella donde *“deben morir porque son los que no se cuidan y los que no son de la ciudad”* como lo veremos a continuación.

- “Cuando Cali era de los caleños, era la ciudad cívica por excelencia”

Hasta aquí se pretende sugerir que la cuarentena del COVID-19 debe ser entendida también como un escenario de disputa social y de reproducción de vulnerabilidades que tiene lugar en las interacciones *online* y *offline* con efectos nocivos para las comunidades empobrecidas, pues uno de los principales efectos de este periodo es la perpetuación de narrativas donde por medio de características socioeconómicas y fenotípicas se establece lo que es un individuo de “bien”, al mismo tiempo que se logra negar posibilidades a los individuos ajenos a tales características como lo es vivir la ciudad desplegando todos sus derechos.

En relación a esto, no resulta extraño que la violencia racializada que tuvo lugar en las RSD sea una extensión de las manifestaciones que se realizan permanentemente en los escenarios *offline*, donde el color de piel, la condición histórica de migrante de la comunidad negra y los altos índices de violencia registrados en el oriente favorecen su representación como esa “otra ciudad” que no encarna los valores y tradiciones de Cali. En palabras de uno de los ciudadanos que participó en las discusiones en perfiles noticiosos: *“lo que pasa es que esa gentuza de esos barrios si es que a eso se le puede llamar así, no son caleños y no entienden, son brutos de nacimiento, y ni siquiera acceden a un estudio aun así dándoselos gratis, por eso son como son, brutos, ignorantes, sin cerebro, violadores de normas y leyes, deberían hacer una república independiente, los ciudadanos buenos acá y esa cosa en ese sitio horripilante”* (Notas de campo).

La condición de “no caleño”, incluso la negación de su humanidad, son narrativas que no reconocen a los hombres negros y mujeres negras habitantes del oriente como parte de la ciudad, pues

desde las migraciones que tuvieron lugar en la década del 60' y que dieron paso a la conformación y poblamiento del Distrito de Aguablanca (Burbano 2007), la condición de migrante se convirtió en un manto que cubre a cada individuo negro/negra habitante de este sector para mostrarlo como no perteneciente a la ciudad, incluso siendo este nacido en la misma.

Son estas narrativas, de amplia acogida y reproducción social las que señalan a la comunidad del Distrito de Aguablanca como culpables de la expansión de la enfermedad y las crisis socioeconómicas generadas, pues al no reconocer la condición vulnerable que muchas familias han atravesado históricamente y que aumentaron durante el periodo estudiado, y sin intención de negar que la indisciplina durante la cuarentena fue también un problema en el Distrito de Aguablanca, resulta llamativo como la negación de la ciudadanía emerge como forma de respuesta para el comportamiento supuesto de ciudadanos que *“no se cuidan porque son de otro departamento, son de buenaventura y el chocó y allá están acostumbrados a generar miseria y aprovecharse de la situación para que les regalen cosas”*.

Estas nociones de “allá” y “acá” se convierten en una forma de materialización de las geografías que definen a los cuerpos asesinables y otros que requieren protección, pues en la ciudad de Cali el “allá” recoge a los sectores marginados conformados por personas “no caleñas” y particularmente pertenecientes a minorías étnicas empobrecidas. Mientras que el “acá” se constituye como la manifestación de supremacías raciales y económicas que *per se* representan la condición de dignidad y civismo de la que se vanaglorian sus habitantes. De hecho, ese “allá” y ese “acá” son constitutivos de otras formas de relación con la COVID-19, presentándola como algo apenas comparable con los efectos de la miseria que se vive por la presencia del oriente en la ciudad, por lo que incluso se manifestaba que *“se debería aprovechar el COVID para realizar una limpieza social que hace tiempo la ciudad necesita... que se enfermen allá, para que el resto podamos volver a la normalidad”*.

En este sentido, Bernal (2019) describe como las lecturas de las interacciones en las comunidades virtuales, que al mismo tiempo son una

lectura social, dan cuenta de que en Colombia múltiples formas y dimensiones de la violencia se han naturalizado como una respuesta para desplegar tecnologías de control y de (re)construcción de ciudades que dan paso a prácticas de muerte que recaen sobre los ciudadanos que históricamente han sido señalados como los responsables de los males urbanos.

Lamentablemente, la cuarentena del COVID-19 también muestra como la muerte de los habitantes del Distrito de Aguablanca se normaliza y en muchos casos se reclama como una necesidad para que los problemas de esa “otra ciudad” no impacten zonas privilegiadas. Así, con el propósito de deshacerse de “*esa parte negra de la ciudad*” y como respuesta a la pregunta “*¿qué le ha aportado el oriente a Cali?*”, numerosas manifestaciones consideraron esta coyuntura de salud como una oportunidad para que estas comunidades se vieran ampliamente afectadas, lo que al mismo tiempo era una manera de reconocer que la capacidad instalada para enfrentar la cuarentena, como lo son los servicios públicos y de salud se encuentran significativamente reducidos en zonas donde habitan comunidades negras, pues “*la demora es que el virus llegue al oriente y acaba con esa gente*”.

Se trata de narrativas que buscan legitimidad a partir del consenso, que en RSD responde al número de “likes” que cada comentario recibe, y que desde el racismo socialmente negado buscan sacar beneficio de las vulnerabilidades del oriente para señalarlo permanentemente como responsable de todo, incluso cuando los disturbios se presentan en otra zona.

El análisis de la violencia racializada en RSD no es un estudio que ocurre de manera aislada, insistentemente hemos mostrado que responde a una extensión de lógicas *offline* perpetuadas donde este tipo de violencia se constituye como un elemento común en el flujo de información, y donde se favorece la reproducción de los estereotipos racializados de una forma más evidente y violenta, reproduciendo las tecnologías de poder con efectos físicos, de capacidad instalada y espaciales sobre esta comunidad, lo que se da a partir de conductas simbólicas que le permiten al sujeto de “bien” señalar que las acciones de

las comunidades negras *per se* violan los valores instaurados y legítimos, además las explicaciones o alternativas por parte de las comunidades negras son censuradas debido a su falta de acceso a los espacios de discusión donde cobran voz en proporciones inferiores a las clases dominantes (Van Dijk 1988; Arriaga 2013; Pineda 2016).

De hecho, cuando los usuarios buscaban discutir el comportamiento durante la cuarentena como un problema general de la ciudad y se hacía uso de las categorías “blanco” y “caleño”, emergían participaciones que, apoyados en la narrativa del civismo que se piensa como característico en la ciudad, se exponía sin mayor explicación que las zonas tradicionales en Cali son de buen comportamiento, pues *“cuando Cali era de los caleños, era la ciudad cívica por excelencia”*. Por eso a pesar de que las fiestas, asados, cabalgatas, actividades y encuentros deportivos aumentaron en la medida que avanzaba la cuarentena y se flexibilizaban las restricciones, el color de piel de quienes las realizaban y el lugar de la misma fueron elementos relevantes para legitimarlas o no, pues a pesar de que *“muchos caleños blancos son también bullosos”* y fiesteros, la sectorización que se alimenta de la geografía problema del oriente suscitaba altos niveles de indignación por el hecho de que se permitieran las mismas actividades a Cali y a la “otra ciudad”.

Cabe mencionar, si bien el estudio no profundiza en esto, que a pesar de que existe un porcentaje (30% aprox.) de personas negras que habitan zonas diferentes al Distrito de Aguablanca donde también se registraron actos de indisciplina, que estos no son señalados a partir del color de piel, pues al parecer, habitar Cali o la “otra ciudad” se convierte, para la primera, en un privilegio en cuanto a la posibilidad de no ser racializado, mientras que, en la segunda, parece ser una necesidad.

Pues los valores definidos en las nociones del “allá” y el “acá” emergen como una manera de argumentar que los habitantes de Aguablanca no son merecedores de usufructuar el espacio por su comportamiento y particularidades, que incluso siendo comparable al de muchas zonas, personas y familias, se niega a partir de los valores que son enunciados como el ideal de las relaciones sociales y que se materializan en la narrativa de Cali como “ciudad cívica”. Por eso, como

argumenta Mayor (2012), quien menciona que la narrativa de “ciudad cívica” data desde principios de siglo XIX y tuvo su punto de éxtasis durante la realización de los VI Juegos Panamericanos en 1971, los valores ritualizados bajo esta narrativa han permitido que la ciudad construya una “realidad social” que es más difusa y problemática que lo que se muestra, donde el civismo legitima a las supremacías raciales y económicas para desplegar mecanismos y narrativas de control sobre las poblaciones desfavorecidas; paradójicamente, argumenta el autor:

“...el civismo ha sido el gran ausente de la vida ciudadana de Cali. Más bien, (...) Cali tendió un puente para resolver el conflicto entre la ciudad establecida y la marginada, a través de un proceso que tendía a lograr condiciones de civilidad, o de “ciudadanía de las virtudes”, especialmente, entre los “nuevos” habitantes de la ciudad. En dicho proceso tuvo asiento la imagen urbana que llamaba erróneamente al civismo. Se trató de un proceso efectivamente lento y coercitivo en el que la ciudad normalizada buscaba domeñar las pasiones, los desbordes de la ciudad anómica, a través de la imitación o el acatamiento de las normas y el respeto del orden dados... civilizar, sí, pero también domesticar” (p. 31).

La denuncia en RSD de que *“el oriente de Cali no tiene ni Dios ni ley”*, como aduciendo que toda acción y comportamiento se constituye en una intención de generar caos y miseria para acabar con el bienestar de la ciudad, no corresponde pues a una denuncia que apunte a generar procesos de discusión y de inversión social en este sector o que aclamen por la presencia institucional como forma de respaldar a los territorios empobrecidos en tiempos de cuarentena y recesión económica, sino a la manifestación de representaciones sociales que se muestran públicamente indignadas por el comportamiento de esa parte de la comunidad que no cedió ante la tradición cívica de una ciudad que al mismo tiempo que se muestra internacionalmente como el epicentro de

la rumba, “*el sabor*” y las fiestas exóticas señala de formas generalizadas a hombres y mujeres negras de “*llorar por subsidios para el fin de semana estar enfiestados*”, pues en términos de libertades Cali es una ciudad donde, como se expresa en las RSD, “*cada quien puede hacer lo que quiera con su dinero... el problema es cuando lo hacen los del pacífico*”.

Por último, la negación de posibilidades, accesos y libertades para la comunidad negra del Distrito de Aguablanca durante la cuarentena del COVID-19 representan efectos de la violencia racializada porque es de esta manera que se busca que todo hombre negro y mujer negra que no encarne los valores ideales de la ciudad permanezcan en el espacio de la exclusión y la pobreza (Bernal 2019); además, la única alternativa válida para los ciudadanos que son vistos como la encarnación de la miseria parece ser la de adoctrinarse y limitar sus experiencias tanto simbólicas como espaciales.

En relación a esto, es de destacar que el desarrollo urbano desigual de la ciudad, que da paso a contrastes de edificaciones modernas en las zonas privilegiadas mientras en el oriente un número importante de barrios viven a diario sin acceso a servicios públicos, favoreció el señalamiento de este último como la zona de mal comportamiento en la cuarentena, pues las fiestas y encuentros numerosos mediados o no por bebidas alcohólicas que se daban a lo largo y ancho de la ciudad, estaban condicionados por una diferencia, la posibilidad o no de vivir en un conjunto cerrado.

Y es que respecto al no cumplimiento de la cuarentena, estos espacios privados blindaron en gran medida a sus habitantes de los controles cotidianos que se realizaban en Cali por parte de instituciones, funcionarios estatales y “reporteros ciudadanos”. García y Peralta (2016) exponen que el efecto simbólico que tienen los espacios privados para sus habitantes tiene que ver con la experiencia espacial y la configuración social del espacio, donde la relación lugar-sociedad estará directamente condicionada por las maneras en que se represente este último factor. Dicho de otra forma, la cuarentena que obviamente se encontraba ligada a formas de relación con el espacio, era a su vez una manera de segregación socio-espacial, ya que los señalamientos realizados sobre la

comunidad negra del oriente daban paso a que este lugar fuera reconocido como un sector de alto contagio; mientras que las narrativas a partir de las cuales se buscaba favorecer a los ciudadanos de otras zonas de la ciudad tuvieron un efecto especial sobre su lugar de residencia, pues paradójicamente las fiestas en conjuntos cerrados se constituían por antonomasia en actividades seguras debido a las formas de apropiación física y simbólica que transitan en la ciudad.

6. Conclusiones.

La violencia racializada que tuvo lugar en los escenarios *online* y *offline* de ciudades como Cali, donde la población negra es considerada como ajena a su estructura espacial y simbólica, es determinante del aumento de vulnerabilidades durante la cuarentena del COVID-19 y las otras dinámicas que esto pueda generar, pues el dinamismo y relatividad de este nuevo escenario se convierte en un caldo de cultivo idóneo para desplegar prácticas, narrativas y representaciones que apuntan a disminuir las capacidades de los hombres y mujeres racializadas afectando sus posibilidades de enfrentar y resistir este periodo, mientras muestra “en tiempo real” los resultados del abandono social y estatal histórico que enfrentan las comunidades urbanas racializadas y empobrecidas.

Asimismo, la fragilidad social y económica de este nuevo escenario suscita narrativas donde se erigen valores cuyo cumplimiento histórico se convierte en una manera de definir al sujeto “ideal” ahora digno de cuidado y protección, lo cual está dando paso a que en Cali los sentidos de ciudad sean construidos con influencia de las representaciones sociales racializadas y las narrativas que definen la figura de un “ciudadano de bien”, lo cual permite sopesar las acciones que se pueden/deben desarrollar en los diferentes contextos y para las cuales ser reconocido como parte de la ciudad es en sí mismo un privilegio, pues la definición de “nacionalismos” y “regionalismos”, en este caso condicionados por la condición étnica y racial, ha sido una de las principales estrategias para definir prioridades de inversión y cuidado durante la COVID-19.

En este sentido, la violencia racializada que tiene lugar en los contextos *online* y *offline* de la ciudad se constituyen en las “dos caras” de una misma moneda, desde donde se están desarrollando prácticas que apuntan a privar de sentido al oriente de la ciudad y su población negra, generando una estructura simbólica que tiene como propósito reclamar y justificar acciones que redunden en la negación del usufructo de los espacios y el desarrollo de una vida digna para estos últimos, quienes son permanentemente señalados como de “otra ciudad”, lo que los presenta como sujetos que deben ser borrados por encontrarse en un espacio sin sentido donde *per se* son vidas que también pierden su sentido. Se hace pues necesario reconocer que la violencia racializada en Cali es parte de la estructura simbólica de la ciudad que es mediada, pero no determinada, por los contextos *online* y *offline*, donde al final los problemas producidos en ambos escenarios son a su vez problemas de ciudad generados a partir de las relaciones sociales.

Referencias bibliográficas.

- Alcaldía de Cali (2019). Informes Anual Homicidios. Recuperado de: <https://url2.cl/4m2g2>
- Álvarez, R. (2019). Afros están inconformes con cifras que arrojó el Dane. El Universal. Recuperado de: <https://n9.cl/isjv>
- Alves, J. (2014). From Necropolis to blackpolis: necropolitical governance and black spatial praxis in São Paulo, Brazil. *Antipode: A radical Journal of Geography*, 46 (2), 323-339. DOI: 10.1111/anti.12055
- Alves, J. (2017). Gubernamentalidad espacial y agencia criminal negra en Cali y Sao Paulo: Aproximaciones para una antropología “Fuera de la Ley”. En Giraldo, J (Ed.), *Territorios y Sociabilidades violentas: Santo Domingo, San Juan, Sao Paulo, Cali y Medellín* (15-64). Colombia: Ediciones Universidad Eafit.
- Alves, J; Moreno, V. y Ramos, B. (2015). Notas preliminares para un análisis interseccional de la violencia en el Distrito de Aguablanca (Cali-Colombia). *Serie de Documentos de Trabajo del CIES*, 5, 4-21.

- Arriaga, E. (2013). Racismo y discurso en la era digital: el caso de la revista *Hola* y los discursos en las redes sociales. *Discurso & Sociedad*, (4), 617-642.
- Bernal, J. (2019). Construcción y representación visual-espectacular de ladrones atrapados y expuestos en páginas y grupos de Facebook como medio de naturalización de la cultura de la violencia en Colombia. *ComHumanitas: revista científica de comunicación*, 10(1), 107-132.
- Burbano, A. (2007). Lógicas sobre el desarrollo y la planeación en el distrito de Aguablanca de la ciudad de Cali. *PROSPECTIVA. Revista de Trabajo Social e Intervención Social*, (12), 123-146.
- Coleman, E. (2010). Ethnographic approaches to digital media. *Annual review of anthropology*, 39. DOI: 10.1146/annurev.anthro.012809.104945
- Consejo Ciudadano para la Seguridad, Justicia y Paz (2020). Metodología del ranking (2019) de las 50 ciudades más violentas del mundo. Recuperado de: <https://url2.cl/YXxJL>
- Departamento Administrativo Nacional de Estadística (2005). Censo General 2005. Recuperado de: <https://url2.cl/YYtCt>
- Departamento Administrativo Nacional de Estadística (2018). Población Negra, Afrocolombiana, Raizal y Palenquera (NARP). Recuperado de: <https://n9.cl/9erg>
- Espinoza, F.; Sánchez, A.; Hernández, J. y García, C. (2020). Scenarios, phases, roles and discourses of internet violence in a higher education institution. *SUMMA. Revista disciplinaria en ciencias económicas y sociales*, 2(1), 65-82.
- Flores, D. (2016). Internet más allá de internet: el estudio de la comunicación desde la etnografía digital. *Virtualis*, 7(14), 39-52.
- Foucault, M. (2004). Nacimiento de la biopolítica: curso del Collège de France (1978-1979) (Vol. 283). Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- García, F. y Peralta, M. (2016). Las urbanizaciones multifamiliares cerradas y su entorno urbano: una nueva geografía simbólica en

- la ciudad de Cali (Colombia). *EURE* (Santiago), 42(126), 55-76.
DOI: [dx.doi.org/10.4067/S0250-71612016000200004](https://doi.org/10.4067/S0250-71612016000200004)
- Girola, L. (2012). Representaciones e imaginarios sociales. Tendencias recientes en la investigación. En De la Garza, E., y G. Leyva (Eds.), *Tratado de metodología de las ciencias sociales: perspectivas actuales* (375-405). México: Universidad Autónoma Metropolitana.
- Gómez, E. (2018). Etnografía celular: una propuesta emergente de etnografía digital. *Virtualis*, 8(16), 77-98.
- González, L. y Servín, A. (2017). Métodos cualitativos digitales: un acercamiento a la antropología digital y otras posturas de investigación online. *Virtualis*, 8(15), 61-80.
- Hine, C. (2004). *Etnografía virtual*. Catalunya: Editorial UOC.
- Hine, C. (2009). Question one. How can qualitative Internet researchers define the boundaries of their projects? En A. N. Markham y N. K. Baym. (Eds.), *Internet inquiry* (1-19). California: Sage.
- Jaramillo, J. (2012). Representaciones sociales, prácticas sociales y órdenes de discurso. Una aproximación conceptual a partir del Análisis Crítico del Discurso. *Entramado*, 8(2), 124-136.
- Jeganathan, P. (2018). Border, checkpoint, bodies. En A. Horstmann., M. Saxer y A. Rippa (Eds), *Routledge handbook of Asian borderlands* (403-410). London: Routledge.
- Liceaga, R. (2014). Representaciones de Facebook: nomenclaturas de vida ante la ley, la amistad y la muerte. *Cultura y representaciones sociales*, 8(16), 137-174.
- Martín, J. (2002). Tecnicidades, identidades, alteridades: des-ubicaciones y opacidades de la comunicación en el nuevo siglo. *Diálogos de la Comunicación*, 64, 9-24.
- Mayor, C. (2012). De la formación de una imagen urbana y sus significados: ¿Cali, ciudad cívica?. *Nexus Comunicación*, 1(12). DOI: [10.25100/nc.v1i12.784](https://doi.org/10.25100/nc.v1i12.784)
- Moreno, V. y Mornan, D. (2015). ¿Y el Derecho a la Ciudad? Aproximaciones sobre el racismo, la dominación patriarcal y

- estrategias feministas de resistencia en Cali, Colombia. *Revista CS*, 16, 89-110.
- Pineda, E. (2016). Discriminación racial y vida cotidiana en América Latina: empleo, educación y medios de comunicación. *Revista Venezolana de Análisis de Coyuntura*, 22(2), 121-144.
- Sayago, S. (2017). Representaciones sociales en la prensa. Una propuesta de análisis desde un enfoque materialista del discurso. En Pascual, M. (Comp.), *Los estudios del discurso en la Argentina Actual. Nuevos desafíos, nuevas miradas* (347-362). San Luis: Nueva Editorial Universitaria – UNSL.
- Sayago, S. (2019). La doble dimensión del Análisis del Discurso: perspectiva teórica y herramienta metodológica. *Cultura y Representaciones Sociales*, 14(27), 78-107. DOI: 10.28965/2019-27-03
- Serrano, J. (2012). La presentación de la persona en las redes sociales: una aproximación desde la obra de Erving Goffman. *Analisi*, 46, 1-17.
- Van Dijk, J. (2019). *La cultura de la conectividad: una historia crítica de las redes sociales*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Van Dijk, T. (1988). El discurso y la reproducción del racismo. *Lenguaje en contexto*, 1(1), 131-180.
- Vanegas, G. (1998). *Cali tras el rostro oculto de las violencias: estudios etnográficos sobre la cotidianidad, los conflictos y las violencias en las barriadas populares*. Santiago de Cali: Instituto CISALVA, Universidad del Valle.
- Vargas, J. y Alves, J. (2010). Geographies of death: an intersectional analysis of police lethality and the racialized regimes of citizenship in São Paulo. *Ethnic and Racial Studies*, 33(4), 611-636. DOI: 10.1080/01419870903325636